

“Los asesinos de Barros” Una pesquisa sobre la derrota

Ana Clarisa Agüero*
María Victoria Núñez**

(CONICET/Universidad Nacional de Córdoba)

*Doctora en Historia (UNC), Investigadora Adjunta en el CONICET y Profesora Titular Regular en la Universidad Nacional de Córdoba, donde dirige el Programa de Historia y Antropología de la Cultura (IDACOR, UNC/CONICET). Desarrolla una historia de la cultura argentina que privilegia las culturas urbanas, el vínculo campo-ciudad y las situaciones de contacto cultural. En forma de libro, ha publicado *Local / nacional. Una historia cultural de Córdoba en el contacto con Buenos Aires (1880-1918)*, UNQ, 2017; *El espacio del arte. Una microhistoria del Museo Politécnico de Córdoba entre 1911 y 1916*, Editorial de la FFyH-UNC, 2009; y ha co-editado con Diego García, *Culturas Interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata: Al Margen, 2010.

**Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica desde 2016. Miembro del Programa Historia y Antropología de la Cultura (IDACOR/CONICET-UNC) desde 2011. A su vez, es miembro de la Red de Estudios de Historia de la Secularización y la Laicidad y docente adscripta en la cátedra de Historia Argentina I (Escuela de Historia-UNC).

Introducción

El 26 de octubre de 1918, a días de concluida la segunda intervención nacional a la Universidad de Córdoba y consagrada la reforma, tuvo lugar una cruenta agresión a Enrique Barros, quizás el principal dirigente estudiantil reformista. Los responsables materiales fueron prontamente identificados como Manuel Tapia y Hugo Espinosa, y vinculados al adversario Comité Pro-Defensa (CPD) de la Universidad. Menos clara resulta la trama que los llevó hasta allí, estilizada por crónicas e interpretaciones de un conflicto que tendió a presentarse con pocos matices, como uno entre compactas fuerzas “liberales” y “católicas”. En parte por ello, el evento obró al menos en dos grandes direcciones, bien advertidas por Gardenia Vidal: por un lado, logró restituir a Barros una reputación recientemente dañada por los rumores de negociación con el yrigoyenismo; por otro, precipitó la alianza entre estudiantes y trabajadores en un grado que hasta allí se había mostrado inviable.¹

Frente a esa dimensión política del evento, la crudeza intrínseca de la agresión que puso a Barros cerca de la muerte parece haber llevado a la superficie una serie de tensiones que excedían la coyuntura, remitían a filiaciones y disposiciones diversas y modulaban muy variadas experiencias de la reforma universitaria. Desde nuestra perspectiva, esas tensiones operaban dentro de un equilibrio que se mostró favorable a la juventud reformista a lo largo de todo el año, aunque conoció vacilaciones y sorpresas, siendo la más notable de ellas la propia elección rectoral que abrió la fase *épica* de la reforma.² Si el estallido pulsional de octubre aparece

1: Vidal, Gardenia, “La reforma universitaria de 1918 y su repercusión en los resultados electorales”, en Gardenia Vidal (comp.), *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público. Córdoba, 1880-1960*, Córdoba: Ferreyra Editor, 2007.

2: Se trata de la elección del 15 de junio de 1918, en la que el reformismo vio algo inesperadamente caer a su candidato, Enrique Martínez Paz, frente a

hoy como un gesto a deshoras del efectivo ciclo de crispación que marca la segunda mitad de 1918, una suerte de desborde sin fin práctico preciso, es indudable que dialogaba al menos con uno de los datos de ese equilibrio, propiciado, en primer término, por el gobierno nacional: la inquina entre quienes se sintieron crecientemente llamados a triunfar y quienes se vieron confinados a una derrota que incluyó buenas dosis de humillación y revancha. Recuperar esa opacidad emotiva del episodio, deslindándolo de su elaboración periodística y concediendo algo a los testimonios contrastantes, puede ser una vía de acceso a una experiencia del proceso reformista que es la de los derrotados sin ser la de todos ellos, y también a una micropolítica de la reforma que no se agota en dos grandes campos adversarios ni carece de complejidad sociológica. Inicial como pueda ser, ése es nuestro intento.

La versión de la *La Voz del Interior* y la Federación Universitaria

Según *La Voz del Interior*, diario liberal ligado al radicalismo “rojo”, alrededor de las 20.50 horas del 26 de octubre, un golpe seco sorprendió a los practicantes de medicina reunidos en el salón del Centro de Estudiantes, en el Hospital de Clínicas.³ Enrique Barros, próximo a la puerta, se asomó al pasillo, recibiendo entonces un golpe de cachiporra “en el cráneo, lado izquierdo, que lo hizo rodar por la tierra sin conocimiento”. Según esta versión, el ruido provenía de la rotura de una vitrina y habría buscado deliberadamente hacer salir al Presidente de la Federación Universitaria, acorde a lo

Antonio Nores. La toma de la universidad y la radicalización del movimiento, fundadas en la ilegitimidad de las negociaciones que habrían permitido ese resultado, precipitaron la formación del Comité Pro-Defensa, integrado por anti-reformistas y por ex reformistas.

3: *La Voz del Interior*, Córdoba, 27/10/18.

cual “una vez en el suelo los agresores le aplicaron otro golpe en el parietal derecho, produciéndole una herida profunda”.

Los atacantes fueron identificados como Hugo Espinosa y Manuel Tapia, alumnos del séptimo año de Medicina. Quienes los reconocieron, un practicante apellidado Villagra y el portero Eladio Recabarra, habrían intentado interceptarlos sin éxito, siendo intimidados con un arma de fuego y la misma u otra cachiporra. Acto seguido, los atacantes habrían huido hacia la casa que Espinosa alquilaba en calle Santa Rosa al 1600, a pocos metros del hospital. Poco después, habría arribado al lugar un “conocido médico”, presente al momento de la detención. En el ínterin, Barros fue trasladado a una sala que hacía de dormitorio de practicantes, donde los reconocidos médicos Pedro Vella, Ernesto Romagosa y Arturo Pitt constataron traumatismos de cráneo y una monoplejía en la pierna derecha, consecuencia de la compresión del cerebro. “Barros delira de continuo” y tiene “destellos de lucidez”, apunta el diario, consignando que su estado era muy grave y podía derivar en una trepanación, como efectivamente ocurrió.

La larga crónica consigna, además, el desplazamiento de “los estudiantes camaradas de Barros”, en actitud hostil, hacia la casa de Espinosa, celebrando que ésta hubiera ocurrido una vez detenidos los agresores para evitar nuevas violencias. Se apuntan también dos datos relevantes: además de compañeros de estudios de Barros, los atacantes serían empleados del Consejo de Higiene y miembros del CPD de la Universidad, opuesto desde junio a la FUC. Desde el primer momento, merced a la intencionalidad que se les acuerda y pese a que Barros sobrevive, Tapia y Espinosa pasan a ser los “asesinos de Barros”. La resolución de la FUC, emitida en la madrugada y reproducida por *La Voz del Interior*, iba en el mismo sentido: allí se habla de “tentativa de asesinato” y se pide la expulsión de los “sicarios”, ligando el evento a “la rabia que engen-

dró el fracaso” frente a “las ideas e instituciones” promovidas por los “estudiantes progresistas”.⁴ A grandes rasgos, en ese sistema de oposiciones nítidas, inseparable de la producción del acontecimiento como tal,⁵ parecen haberse perdido también buena parte de los matices.

Las versiones de Los Principios, Tapia y Espinosa

La versión de *Los Principios*, diario orgánico del catolicismo, consigna que el sábado 26 de octubre, a las 20.30, se produjo en el Hospital de Clínicas un incidente entre estudiantes, del que resultó herido el presidente de la Federación Universitaria, Enrique Barros.⁶ Según su reconstrucción, “estudiantes afiliados a la Federación parece habían fijado un letrero despectivo con retratos o caricaturas de algunos de los estudiantes que constituyeron el Comité Pro Defensa de la Universidad”, el que terminaba diciendo “Abajo los carneros”. Viendo esto, Hugo Espinosa y Manuel Tapia, aludidos allí, se habrían dirigido al Centro de Estudiantes de Medicina para pedir explicaciones a algún miembro de la Federación, encontrando a Barros. Se habría producido entonces “un breve y agrio cambio de frases que, degenerando en ofensas personales de una y otra parte, dio lugar a las vías de hecho”. Como resultado del intercambio, Barros habría recibido un “fuerte golpe de bastón en la cabeza”, en el parietal izquierdo, cayendo desvanecido al piso.

4: *La Voz del Interior*, Córdoba, 27/10/1918.

5: La producción de “una realidad social como experiencia colectiva”. Verón, Eliseo, “Prólogo a la segunda edición” de *Construir el acontecimiento. Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island*, Buenos Aires: Gedisa, 1987.

6: *Los Principios*, Córdoba, 27/10/1918.

Esta sumaria reconstrucción periodística fue complementada al día siguiente por la publicación de dos testimonios que buscaban corregir las versiones circulantes. El primero provenía de un grupo de testigos y era compatible con la de *La Voz del Interior*, a la que sólo añadía un detalle: la imagen de la discordia no habría sido “sino la fotografía que los componentes del ‘Comité Pro Defensa Universitaria’ se hicieron sacar cuando fueron a visitar al doctor Nores en la Universidad, y de la que antes se sentían muy honrosos”.⁷ El segundo era el de los propios Tapia y Espinosa, urgidos por desestimar aquella versión periodística.

Según éstos, el día 26 se habrían dirigido al Hospital de Clínicas con el objeto de recuperar un libro prestado. Mientras esperaban en un pasillo, advirtieron que en la vitrina de avisos había sido publicada una fotografía del CPD en la que aparecían, debajo de la cual se habían añadido las leyendas “Grupo de ‘carneros’ que pasarán a la historia” y “¡Abajo los carneros!”. Presas de la indignación, rompieron el vidrio para sacar la fotografía, lo que habría provocado que “un tropel” de estudiantes corriera hacia el lugar, mientras un portero y otro empleado los sujetaban. Según relatan, hubo un forcejeo en el que Tapia, maniatado, recibió varios golpes de puño en la cabeza. Mientras tanto, otros estudiantes atacaban a Espinosa, quien dice haber visto que uno de ellos “hacía marcadamente ademán de sacar el revolver”, a lo que respondió con un golpe de *rebenque* que cayó sobre quien resultó ser Enrique Barros. Niegan haber tenido una cachiporra, aduciendo que se trataba de una fusta a la que Tapia había adosado precariamente “una pequeña bola de hierro”, desvincijada en el forcejeo. Puede inferirse que la pelea cesó tras la caída de Barros, que permitió huir a Tapia y Espinosa; llegados al *hall* del nosocomio, el primero habría mos-

7: *Los Principios*, Córdoba, 28/10/1918.

trado su revolver “para intimidar” a quienes amenazaban perseguirlos, lo que les permitió llegar a la casa del segundo, a metros del hospital. Detrás de ellos habrían llegado estudiantes federados, gritando y profiriendo toda clase de insultos y amenazas y, a continuación, un oficial de policía dispuesto a detenerlos. “No teniendo en la ciudad persona alguna de familia”, Tapia y Espinosa pidieron entonces garantías de seguridad, para lo que hicieron llamar a su jefe en el Consejo de Higiene, el Doctor Orrico, quien se apersonó y les recomendó entregarse sin resistencia.

Los inculpados finalizan su exposición lamentando el hecho pero enfatizando que “las provocaciones de [sus] contrarios rebasan todo límite, resaltando más su carácter innoble y poco caballeresco por el hecho de que sus autores *han obtenido todo lo que pretendían en la reforma universitaria*”.⁸ Puesto que *Los Principios* abandona de inmediato el suceso para dejarlo en manos de la justicia, es ante todo esa mirada agria del reformismo triunfante lo que trascenderá a las siguientes ediciones. En cada crítica el diario señalará una agresión contra los católicos *in toto*, y en cada gesto un testimonio de la violencia que sería consustancial a quienes, *habiendo triunfado*, parecían querer más.

¿Qué pasó?

Del cotejo de las versiones ofrecidas es posible derivar una secuencia verosímil de lo acaecido en el Hospital de Clínicas el 26 de octubre, poco antes de las nueve de la noche. Coinciden allí estudiantes de la Federación Universitaria y otros, que *La Voz del Interior* señala como parte del CPD y *Los Principios* “del que fuera” ese comité. Éstos advierten que en un transparente se ha colgado una

8: *Los Principios*, Córdoba, 29/10/18. Subrayados nuestros.

foto tomada luego de la elección del 15 de junio, en la que figuran el rector electo y el CPD, que entonces integraban.⁹ A esa foto se han superpuesto unas leyendas que bien pudieron ser las referidas “Grupo de ‘carneros’ que pasarán a la historia” o “Abajo los carneros”, expresiones habituales para referirse al CPD dentro de la Federación, que debieron cobrar una sonoridad nueva en esta coyuntura. Tapia y Espinosa montan en cólera y destruyen la vitrina, Barros y otros salen de la sala en que se encontraban, se trenzan en lucha y allí se produce el golpe fatal, infligido con una cachiporra, que no era la única arma en la disputa (Tapia y Espinosa admiten, además de la fusta, un revólver y un rebenque). Una trifulca a varias manos, un resultado inquietante, intentos de separación y la huida de los agresores a un lugar previsible y nada clandestino: la casa de alquiler en que vive uno de ellos. Luego la intervención policial y su detención, ya en presencia del “reconocido médico” Juan Orrico, docente de medicina de filiación norista, radical azul en política y Presidente del Departamento de Higiene. Caen por menos verosímiles la presencia de caricaturas y la atenuación del poder de la cachiporra, desmentida por sus efectos, pero también queda incierta la intencionalidad criminal como móvil de la llegada de Tapia y Espinosa al hospital, o que Barros fuese su blanco.

Aunque este cotejo estuvo al alcance de la mano desde el comienzo, el enorme impacto político y social de la agresión a Barros es indisoluble tanto de la elaboración periodística de *La Voz del Interior*, como del ensanchamiento de un público disponible desde algunos años atrás, producto de la superposición de varios ciclos de agitación (obrero, liberal, incluso antineutralista) que, aun cuando no convergieran, constituyeron el *humus* del propio reformis-

9: Al menos Espinosa integró la comisión del CPD encargada de reunirse con el fugaz rector (*La Voz del Interior*, 19/7/1918).

mo universitario.¹⁰ El relativo blindaje del conflicto por el gobierno nacional actúa en el mismo sentido, aunque no elimine, e incluso atenace, los conflictos: los continuos viajes a Buenos Aires de los principales líderes universitarios, las medidas efectivas impulsadas por Yrigoyen, con muy pocas prendas de negociación respecto del nuevo anti-reformismo nacido en junio,¹¹ son tan elocuentes en este orden como otros datos menos públicos. El 31 de octubre, por ejemplo, Raymundo Salvat, secretario de las dos intervenciones, responde solícitamente un telegrama de Carlos Garzón Maceda, celebrando el éxito de la operación del “amigo Barros” e instándolo a desistir de su anuncio respecto “de que empezarán para Córdoba días sangrientos y de que se vengarán”.¹² Otro ejemplo atractivo lo ofrecen los informes y sumarios policiales, que mezclan detalladas operaciones de inteligencia con argumentos relativos a la acción o inacción policial. En el cruce de jurisdicciones (provincial, municipal, nacional), lealtades y facciones (radicales en especial), sobresale la inquietud por limitar los términos represivos, incluso cuando el gobierno provincial o los sectores católicos exijan recrudecerlos. Una situación de este tipo se dio en agosto, cuando la re-erección de la escultura de Rafael García, frente a lo cual el muy cuestionado Jefe de Policía responde serenamente al Ministro de Gobierno:

[Tengo] la conciencia tranquila [...] no me sería dable presentarme, como lo hago, ante un pueblo que hubiera sido

10: Agüero, Ana Clarisa, “Córdoba. 1918, *más acá de la reforma*”, en Gorelik, Adrián y Arêas Peixoto, Fernanda (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2016.

11: Dos que debieran seguirse por su potencial de crispación: la sustitución de Telémaco Susini por Salinas para la segunda intervención, y el pase al vice-rectorado de Martínez Paz, en beneficio de Eliseo Soaje.

12: Carta de Salvat a C. Garzón Maceda, 31/10/18, Col. Reforma (Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba).

agraviado por el machete, ni tampoco seguiría ocupando el cargo de Jefe de Policía, si me viera precisado a olvidarme de la ecuanimidad y altivez [...] Es todo cuanto puedo informar al Señor Ministro a este respecto.

El testimonio parece inseparable de la batalla que Yrigoyen libra simultáneamente por reunificar al radicalismo cordobés. Pero también muestra el revés de ese equilibrio favorable al reformismo universitario. Y si Pacheco es muy conciente de que el lugar de la policía se juega también en los periódicos, el tratamiento del episodio en el *Clinicas* tendrá una peculiaridad. Porque sólo *La Voz del Interior* se enrola en su producción como *acontecimiento*, elaborando diariamente el “atentado” y ofreciéndose como plataforma de creciente virulencia para su condena. *Los Principios*, en cambio, pasa del “suceso” al “acoso” para dejarlo de inmediato en manos de la justicia, haciendo de él una fugaz ilustración de sus habituales tesis conspirativas: se trataría de un hecho protagonizado por “liberales” para “complicar a los católicos”; un nuevo episodio de esa conflagración de “masonería”, “liberalismo” y “maximalismo” que acostumbra postular.

¿Y quiénes eran...?

Desde el primer día, *La Voz del Interior* inicia una muy exitosa campaña de demonización de los atacantes en tanto ciegos instrumentos del poder *clerical*, identificado indistintamente con la *Corda Frates*,¹³ los jesuitas o *Los Principios*. De esa campaña proviene la fi-

13: Usualmente identificada con el poder clerical como “logia” o “mafia”, quizás la *Corda Frates* se entienda mejor como un grupo de interés consolidado, de signo conservador. Reunió a hombres de diversas pertenencias partidarias y pareció proyectarse entonces sobre varias instituciones, la universidad entre ellas.

gura de los “asesinos de Barros”, cuyo suceso es inseparable de la capacidad de la imagen de la *Córdoba católica* de aglutinar fuerzas en riesgo de dispersión.¹⁴ *Los Principios*, por su parte, abandona el evento una vez señalado que Tapia y Espinosa no integrarían el Centro Católico de Estudiantes (algo nunca desmentido) y *no serían* católicos; aun más, “se dice que son liberales”.¹⁵ Por los mismos días, *El Cruzado. Semanario católico militante*, próximo a ese Centro, precisa:

...luego de producida la revuelta estudiantil en la universidad, surgió entre los alumnos un cisma que los dividió en dos bandos: la Federación Universitaria [y] el Comité Pro-Defensa. En este último figuraban elementos de muy distintas tendencias, el elemento *netamente católico* y otro *decididamente liberal*. Del primero surgió el Centro Católico de Estudiantes, que tan decididamente ha trabajado en la defensa de las sanas ideas. El elemento liberal, que figuraba en el Comité Pro-Defensa, se ha mantenido aislado sin sumarse sus individuos ni con el Centro Católico ni con la federación. A este grupo liberal pertenecen los dos procesados Tapia y Espinosa, quienes jamás pertenecieron al Centro Católico, ni consta que figurasen nunca en ninguna asociación piadosa ni han tenido la menor actuación

Vidal señala a Arturo M. Bas como su jefe, y entre sus integrantes al demócrata Antonio Nores (el candidato a rector) o el radical Henocho Aguiar. El gobernador Julio Borda sería un miembro inestable, y el ex Eufrasio Loza una figura externa pero afín. Vidal, Gardenia, *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*, Córdoba: DGP-UNC, 1995, p. 55.

14: Central en la veloz recuperación de la figura de Barros, poco antes atenazada por las sospechas de haber negociado con Yrigoyen reforma por acompañamiento en las elecciones provinciales.

15: *Los Principios*, Córdoba, 30 y 31/10/1918.

en la causa católica, de la que se hallan completamente desvinculados.¹⁶

El testimonio permite reconsiderar un elemento que suele sobreentenderse, que es la identidad entre las fuerzas católicas y el CPD, en beneficio de una cierta diversidad, dominada por la política universitaria. Además, y al igual que *Los Principios*, se refiere a él en pasado, algo que es dado vincular a una desatendida noticia de setiembre según la cual Artaza Rodríguez, presidente del comité, habría comunicado a los de la Federación su disolución.¹⁷ De haber sido así, eso habría dejado como contrincantes fundamentales a la FUC y el CEC, simplificando el conflicto más superficial pero sin eliminar otros bordes, como sugiere el sarcasmo con el que la FUC trata la noticia. Implicaría, además, que Tapia y Espinosa, desconocidos *qua* católicos y *qua* federados, sólo habrían integrado con certeza el CPD entre junio, en que firmaron el manifiesto, y setiembre, quedando luego en una situación de relativo aislamiento.

El cuadro no parece improbable, como tampoco su vinculación a un sector “liberal” (en principio, laicista) del CPD, que conviene tomar en serio. Un sector que en parte ha sido reformista en el primer ciclo, que incluso pudo ser partidario de Martínez Paz y que, consumada la elección de junio, hizo una lectura legalista del resultado, declinando atender los acuerdos que lo habían hecho posible. El eslabón en este sentido parece ofrecerlo C. Artaza Rodríguez, a quien vemos muy cerca de Tapia y Espinosa entre junio y julio.¹⁸

Artaza Rodríguez ha integrado en marzo la comisión a la que el Centro de Estudiantes de Medicina encargó el análisis de

16: *El Cruzado*, s/f, Córdoba, 1918. Subrayados nuestros.

17: *La Voz del Interior*, Córdoba, 17/09/1918.

18: Pese a las vacilaciones, “C.” por Carlos o Ciriaco, creemos que se trata de la misma persona.

la llamada Ordenanza de Decanos, y la que presentó el memorial reformista;¹⁹ en mayo fue uno de los candidatos a acompañar como vice-presidente de ese centro a Enrique Barros.²⁰ Pese a ello, el 15 de junio se convierte en presidente provisorio del CPD (quizás para mejor deslindarlo del CCE) y, haciendo gala de su trayectoria reformista, dispara contra los “advenedizos” que habrían copado el movimiento.²¹ En julio, a colación de una denuncia pública por agresiones y difamaciones realizada por Deodoro Roca, sabemos que Tapia y Espinosa son vocales del CPD; junto a Artaza piden retractación a Roca en lo que atañe al Comité, pero éste no cede. Acto seguido, asientan en actas que tomarán las medidas individuales o colectivas que consideren pertinentes.²² En los mismos días, Roca acuerda o deshace duelos con otras figuras, entre ellas Juan Orrico, otro eslabón, exculpado.²³

Sabemos que Tapia y Espinosa son estudiantes del séptimo año de Medicina (al parecer practicantes en el Hospital de Niños) y compañeros de estudios de Barros. Tampoco hay discusión respecto de su condición de empleados del Consejo de Higiene presidido por Juan Orrico: el primero es practicante de la Gota de Leche en la Sección General Paz, y el segundo Sub-Inspector de Higiene. A colación de otro asunto, sabemos por Alfredo Castellanos que Espinosa es, además, “amigo del doctor Orrico [y] compañero político del mismo”.²⁴ Solicito asistente a la casa del primero tras el altercado,

19: *La Voz del Interior*, Córdoba, 6 y 19/3/1918.

20: *La Voz del Interior*, Córdoba, 1/05/1918.

21: *Los Principios*, Córdoba, 16/6/1918.

22: *La Voz del Interior*, Córdoba, 3/07/1918.

23: Agüero, Ana Clarisa, “Del tiempo y la ciudad. Córdoba, 1918 y la reforma universitaria”, en AAVV, *La universidad reformada. Hacia el centenario de la Reforma Universitaria de 1918*, Buenos Aires: Eudeba-OEI, 2017.

24: Castellanos, Alfredo, “La renovación de las autoridades. Empiezan las intrigas. Escándalo descubierto (Cont.)”, en LGU, 24/5/18, N° 6: 110.

Orrico parece así otra figura central en la trama. Estudiante de la UBA en vísperas de la reforma de 1906, luego de un desencuentro inicial dice haber formado en las filas reformistas desde 1905. En 1917, Eufasio Loza lo unge Presidente del Consejo de Higiene cordobés, tras una sensible reorganización. Durante la primera intervención a la universidad, es acusado de integrar un sector del Comité de Profesionales que busca el favor de Matienzo. Los días que preceden a la elección de junio lo muestran como un armador central del norismo e intrigante habitual. Su apuesta parece ser por una acumulación de poder institucional en la provincia y la universidad, algo favorecido por su condición radical y compatible con la Corda (acusada por *La Gaceta Universitaria* de “especular con el Consejo de Higiene” -131), a la que no parece centralmente ligado.²⁵ Considerado de este modo, el vínculo que une a Orrico y los agresores parece combinar dependencia laboral y política, quizás una de las escasas filiaciones de estos jóvenes que han señalado “no tener familia en la ciudad”. Por lo demás, esto no implica, como en el propio caso de Orrico, una llana identidad con el anti-reformismo, el clericalismo y demás; subraya, en todo caso, la relativa fragilidad de la inserción local de estos estudiantes y su dependencia del *favor* partidario o estatal.

A días del ataque, Barros anuncia que perdona a sus agresores, lo que es celebrado por *Los Principios* y abre todo un capítulo en *La Voz del Interior*, en que se cruzan impugnaciones y reválidas de la decisión. Un respetado liberal de la generación anterior, Martín Gil, la atribuye a la momentánea debilidad de Barros; Arturo Capdevila, al alma bella de su amigo. Una ter-

25: Cabría evaluar el componente corporativo de la disputa político-institucional en 1918, ya que el norismo también proyecta a un plano nuevo la interna de la Facultad de Medicina.

cera voz llega desde *La Opinión*²⁶, y resulta corresponder a Guillermo Correa, ex-universitario de Córdoba y ex-gobernador de Catamarca, que comienza desde esa capital, sin anunciarlo, la defensa legal de Tapia. Retomando su argumento, Gil replicará: “Si las cosas resultaran como las pinta el doctor Correa; si en ningún momento hubiera habido delito, ni crimen, ni cosa parecida, entonces querría decir que todos, que el país entero, hemos sido engañados, presenciando sin malicia una comedia de teatro criollo”.²⁷ Gil insiste en distinguir venganza privada de razón y justicia pública, pese a saber “muy bien” que Tapia y Espinosa son “dos distinguidos estudiantes, muy dignos de consideración”. Con todo, el 8 de diciembre *La Voz del Interior* anuncia con tono concluyente que “Barros ha perdonado”. Puesto que hasta el momento no hemos dado con testimonios a contrario, todo sugiere que, al menos en el plano legal, conducido por Deodoro Roca, la cuestión no pasó a mayores. Distinta parece haber sido la suerte de Tapia y Espinosa en la Universidad, donde, aunque no conste la expulsión solicitada por la Federación, sí es sensible su ausencia en los Libros de Grado de 1913 a 1930. Un tal Ciriaco Artaza Rodríguez, en cambio, llega a recibirse en 1921 de Dr. en Medicina y Cirugía.

El núcleo de la cuestión: crispación, derrota, pulsión

El largo recorrido respecto de lo ocurrido el 26 de octubre tiene por objetivo principal desacoplar el suceso de su elaboración periodística y complejizar las formas estilizadas en que trascendió

26: *La Voz del Interior*, Córdoba, 12 al 17/11/1918. La referencia a *La Opinión* es a la entrega del 22/11.

27: *La Voz del Interior*, Córdoba, 24/11/1918.

entonces. Eso implica intentar situar en un espacio social más denso dos figuras que no fueron de primera línea.

El tratamiento casi analógico de las versiones, su cruce y decantación, sugieren varias cosas que fueron apareciendo de a gotas. Primero, no es posible establecer la intencionalidad de la agresión efectiva, con lo cual lo que tendíamos a dar por sentado debe ponerse entre paréntesis. La agresión fue grave, violenta e indiscutible, pero es incierto hablar de “atentado”. Diferida la instancia judicial por el perdón de Barros, también se aplazó la elucidación de este punto, lo que no privó al evento de una extraordinaria potencia política, inseparable del trabajo de la prensa. Segundo, ese hecho, que admitiría la presencia de varios personajes entrelazados en la escena, irritaciones más o menos atendibles y violencias que hasta cierto punto fueron cotidianas en esos meses, alcanzó una gravedad ostensible que lo hizo susceptible de un tratamiento de difícil contestación; pero esto, entre otras cosas, porque se daba dentro de un equilibrio favorable para el reformismo universitario, muy marcado por el relativo blindaje nacional del conflicto y por el ensanchamiento de un público, de liberal a libertario, que el suceso permitió unir temporariamente. Casi todos, de los más conservadores de los demócratas a los más radicales del socialismo internacional, aclamaron entonces a Barros y condenaron a sus “asesinos”, homologados al poder *clerical, jesuita, cordista*, etc.. Tercero, en cualquier hipótesis, lo que está fuera de cuestión es una acumulación de experiencias y emociones que dotó al episodio de una violencia cierta. Sin duda (se habló de “sicarios”), un hombre de cierto poder como Orrico rondaba la escena, su vínculo con Nores era indiscutible y así... Pero nada autoriza a ligar el ataque a una orden, y la propia declaración de Tapia y Espinosa subraya ostensivamente una cuestión que debe ser tomada en serio. La combinación entre esa fotografía en la que aparecían junto a Nores

y las leyendas que muy posiblemente la adornaran, pudo ser un disparador muy eficiente en un momento en que Noreas ha dejado de ser rector, el reformismo ha consagrado su triunfo, y quienes ayer integraban ese movimiento aparecen hoy al margen de su victoria. Desde luego, Orrico ronda, pero estos jóvenes han estado, poco antes, muy próximos también a Artaza Rodríguez, que no cesaba de denunciar a aquellos “advenedizos” que, desde junio, y desoyendo el resultado legal, habían copado el movimiento. Y aquí la cuestión se acerca al cuarto punto, que acaso sea el sobresaliente de todo el recorrido. Todo intento de reinscribir la brutal agresión a Barros en otros tiempos, obliga a reconocer los sucesivos clivajes que separaron a la Federación Universitaria no sólo de una porción católica tendencialmente antirreformista, sino, y en especial, de una fracción que creyó antes cumplida su tarea y buscó hacer del Comité Pro-Defensa su espacio alternativo de acción. Ese sector, que EC señala como “decididamente liberal” y que por momentos parece haber sido partidario de Martínez Paz, era, en definitiva, el que más gravemente podía experimentar la derrota, porque había sido también el que se creyó merecedor de la victoria. Algo de eso parece haber en Artaza Rodríguez, y acaso lo haya en Tapia y Espinosa. El triunfalismo de los otros, indiscutible, la humillación suya, para la que sobran motivos, pudieron muy bien alimentar la violencia que detonó aquí, pero ya estaba en ese constante andar armados que casi no se oculta. Una última cuestión merece ser retomada: en esa humillación se adivinan también otros elementos, que hacen a la posición de los vencidos no sólo en el plano político sino también en uno propiamente social. Aun si concedemos que Tapia y Espinosa pudieron provenir de familias relativamente acomodadas en sus lugares de origen, lo cierto es que sus redes locales de contención parecen enangostarse abruptamente desde el día mismo del incidente. Lejos de la comodidad social que allanó tan-

tas batallas a los hijos ilustres o los parientes pobres de las elites locales, todo su sistema de filiaciones parece desplomarse aquí como un castillo de naipes: la Federación pide su expulsión de la universidad, *La Voz del Interior* los demoniza, *Los Principios* los abandona a la justicia, Orrico no pasa de esa primera aparición, el Consejo de Higiene que dirige los suspende, todo el arco de liberal a libertario los convierte en la cara visible de una conjura cuyos presuntos integrantes les resultan esquivos. Barros sigue haciéndose grande con su perdón, mientras todo confina a estos estudiantes del séptimo año de medicina a la excomunión de los infames. La Corda no aparece, el radicalismo azul (del que al menos Espinosa sería parte) no aparece, los clericales no aparecen. Y, en verdad, exceptuado ese radicalismo que en parte pasó a engrosar las filas de quienes protestaban contra los “asesinos” de Barros, ni la Corda ni los clericales tenían por qué aparecer. Porque tampoco ese mundo era de dos tonos, y acaso Tapia y Espinosa, los *asesinos* de Barros, apenas expresaran una de las muchas situaciones intermedias.